Guerra y paz de Huéscar con Dinamarca

Rafael CARAYOL GOR

Afortunadamente la humanidad ha vivido más o menos períodos de tiempo en paz, aunque la historia universal demuestra que han sido menos que más. Si sumamos los años, han sido muchos más los dedicados a la guerra. Parece que los hombres no han sabido, o no han podido, o no han querido, vivir en paz.

Desde la primera sangre derramada por Caín, las guerras han sembrado la tierra de muertos, destrucción, odios y revanchas.

Muchas guerras trajeron la paz; casi siempre de forma humillante para los vencidos. Otras fueron más generosas; pero todas sembrando la muerte.

También hubo guerras pacificas que no aparecen en los libros de historia pero que están declaradas y escondidas en viejos legajos de pueblos y ciudades. Como no hubo muertos ni limitaciones de fronteras, quedaron en el olvido.

Una, entre otras, fue la declarada por Huéscar, pequeño municipio de Granada, al Reino de Dinamarca el 11 de noviembre de 1809.

Remontemos un poco la historia.

A principios del siglo XIX Europa estaba asolada por la guerra entre las grandes potencias. Por un lado Francia, donde Napoleón soñaba con someter a todo el continente imponiendo un bloqueo a Gran Bretaña. Entre sus aliados estaba España que por el Tratado de San Ildefonso de 1796 se comprometía a ayudarla. Por otro lado Inglaterra, cuya potencia naval oprimía a países lejanos y controlaba los mares europeos. En 1807 atacó a Dinamarca y bombardeó la capital de Copenhague después de rendirse y secuestraron su Armada.

El zar de Rusia y Napoleón planearon un ataque a Suecia que era aliada de Inglaterra. Las tropas rusas atacarían por el Este, y las tropas danesas, apoyadas por un cuerpo del ejército francés de 25.000 soldados, lo harían atravesando el Oeresund.

Las tropas francesas y aliadas estaban en el norte de Alemania y los ingleses dominaban los estrechos daneses después del robo de la Armada.

El Príncipe heredero danés que era Regente, ya que su padre Cristian VII estaba trastornado, apoyó el plan, y el 5 de Marzo empezaron a entrar en Dinamarca filas sin fin de soldados; nunca se habían visto tantos soldados extranjeros. Sólo la tercera parte eran franceses porque Napoleón había designado a sus aliados holandeses y españoles luchar en los campos de Escania junto con los daneses. Las tropas españolas estaban formadas por cinco Regimientos de Caballería y eran dirigidas por el Marqués de la Romana, D. Pedro Caro y Sureda. A la cabeza de este ejército mixto estaba el Mariscal Bernadotte.

A mediados de marzo llegaron las primeras unidades a Odense y el Mariscal siguió a Copenhague para negociar con el nuevo Rey Federico VI ya que su padre Cristian VII había fallecido, según dicen, víctima de un ataque de apoplejía al ver tantísimas tropas extranjeras. Estas tenían que seguir a Selandia; pero surgieron pro-

blemas ya que la primera fragata inglesa había aparecido en el Gran Belt y bloqueó la travesía.

Ya en ese momento empezó a perderse la expedición a Suecia. Napoleón vacilaba y ahora sólo eran las tropas españolas las que tengan que ser transportadas a Selandia. Sin embargo, en abril no había cruzado el Gran Belt ningún soldado español.

Bernadotte demoraba el asunto y a finales de abril estaba claro que los planes de invasión de Napoleón habían sido abandonados. En realidad en vez de Suecia había sido ocupada Dinamarca.

Las tropas españolas quedaron acantonadas en las islas danesas y en el norte de Jutlandia. Formalmente ahora, tenían que defender Dinamarca de los ingleses.

En la Península de Jutlandia se alojaron en las ciudades del norte y del este. En Fionia el Estado Mayor estableció su Cuartel en Nyborg. También se establecieron en Langeland y Aero. Más de 14.000 soldados españoles tuvieron que ser alojados por la diversa geografía danesa.

Al principio los españoles fueron recibidos por los daneses con expectación y temor; por considerarlos descendientes de moros africanos temían el canibalismo y mandaron a mujeres y a niños fuera de las ciudades quedándose los hombres en casa con las puertas bien atrancadas.

Pero pronto, dado el buen orden y disciplina, acabó el motivo del terror. La simpatía mutua no tardó en establecerse. Pequeños favores hechos recíprocamente hicieron a daneses y españoles amigos inseparables.

La fama de nuestros maestros herradores era tal que los campesinos daneses traían a sus animales para que se los curasen, fiándose más de éstos que de sus propios veterinarios.

También había muchas cosas que asombraban a los daneses: los soldados españoles no fumaban en pipa, sino unos palitos de tabaco largos y delgados que liaban con las manos y los encendían; era algo que jamás habían visto.

Los fusiles que llevaban eran muy largos e iban provistos con unas llaves anticuadas. De las mochilas de algunos soldados colgaban unas guitarras y el uniforme en nada se parecía al de los soldados daneses; y de ninguna manera era el adecuado en una campaña de invierno en el Norte. Por eso tenían que ponerse lo mejor que iban encontrando como vestimenta.

Conocido es lo del castillo de Kolding. Los españoles llegaron el 12 de marzo, y la noche del 29 del mismo mes, en una fiesta que presidía el Mariscal Bernadotte, se prendió fuego en el cuerpo de guardia y en la nave donde estaban alojados los españoles. Preocupados por el intenso frío escandinavo habían colmado de paja las chimeneas y esto dio lugar a un fuego que se extendió a todo el castillo; varios días después seguía ardiendo. El 31 de marzo se derrumbó la gran torre, destruyendo la iglesia.

Pero lo que más les extrañó fueron las costumbres de comida. Cada soldado recibía diariamente una libra y media de pan; media libra de carne fresca; patatas y col; además una ración de aguardiente y una botella de cerveza. Pero el pan negro y las gachas no les sentaban bien; así que ellos mismos tenían que encargarse de la parte culinaria.

En Langeland chocaba a la gente que los españoles merodearan los nidos de golondrinas y que cazaran los gatos para comérselos asados en piedras candentes.

También los caracoles eran uno de sus platos preferidos y unas hojas en forma de dientes de león que, recogidas, eran preparadas con aceite y vinagre como la indispensable ensalada.

Después de la comida querían que se les respetase el horario de la siesta.

En las noches del verano había animación y alegría cuando paseaban por las calles, unas veces acompañados por la música del Regimiento, y otras en fiestas y reuniones animadas por algunas guitarras.

Así los soldados españoles se hicieron muy queridos; tan queridos que nueve meses después, en algunas casas, nacieron hijos de pelo moreno y ojos negros, lo que aún se nota en algunas familias.

Entre las unidades españolas estaba el Regimiento de Voluntarios de Cataluña, y una de sus diversiones en los ratos libres era hacer torres humanas, cosa que pronto comenzaron a practicar los niños daneses.

Naturalmente surgían dificultades lingüísticas; a los daneses les costaba mucho entender la lengua española, pero el interés por dicho idioma era grande y el impresor Hempel, de Odense, publicó enseguida un pequeño diccionario español-danés. Los españoles trataban de entenderse con el universal lenguaje de los gestos, y con una mezcla de bajo alemán, español y danés. "El Rey caput", dijo un soldado para explicar la muerte de Cristian VII. "Des gut for mit; Des gut for mit"; esto es bueno para mi, informó otro que recogía caracoles al ser sorprendido por el dueño de la huerta.

Algunos oficiales hablaban un francés perfecto y les era más fácil encontrar compañeros de conversación entre los comerciantes y funcionarios daneses. Los soldados rasos eran menos cultos y usaban con tanta frecuencia el taco "carajo", que, en Odense, designaban a los españoles con el apodo de "Caracos".

También fueron adquiriendo fama de ser bastante largos de uñas por ser muy diestros en robar gallinas.

Así pues, por esto y por otras cosas fueron surgiendo bastantes problemas en muchos acantonamientos. Había disputas entre soldados y propietarios de casas y huertos; y entre los mismos soldados se produjeron riñas y homicidios.

Tanta ociosidad no favorecía la disciplina. Los soldados se sentían plantados y abandonados; estaban descontentos, llenos de odio a los franceses e indignados por aquella campaña hacia el Norte. Pero la verdadera causa del descontento eran los acontecimientos de España en la primavera de 1808.

El Gobierno español, por los acuerdos establecidos, tenía que ayudar a Napoleón, pero las perturbaciones de Marzo con el motín de Aranjuez derribaron al primer ministro Godoy, e hicieron que el mismo Rey Carlos IV abdicara en beneficio del príncipe heredero Fernando.

Napoleón supo aprovechar esta ocasión y se llevó a Francia al Rey y al Príncipe heredero, éste prácticamente como preso. En su lugar nombró como Rey de España a su hermano José.

Pero el dos de mayo estalló la sublevación en Madrid con luchas callejeras sangrientas entre las tropas francesas y los habitantes madrileños. Al día siguiente, tres de mayo, los franceses ejecutaron sin piedad a todos los presuntos sublevados. Tres mil murieron en aquella terrible matanza.

La sublevación de los españoles cobró nuevo vigor en las provincias del norte y una Junta, en nombre del Príncipe heredero, asumió el Gobierno de la nación y la lucha contra los franceses.

Entre tanto, Inglaterra, antes nuestra enemiga, abrió los puertos bloqueados e inició un fuerte apoyo a los sublevados españoles con armas, tropas y sobre todo dinero.

Todo esto no fue silenciado para los españoles desparramados por tierras danesas, aunque el servicio postal francés trató de censurar las cartas. En la Biblioteca Real se guarda una proclamación impresa, ilegal para los soldados españoles en Dinamarca, que decía: "España ya no existe; allí manda el tirano Bonaparte que reprime a vuestras familias, destruye vuestras propiedades, asesina a vuestros curas y saquea vuestras iglesias. Tenéis armas, sois españoles; abríos paso por el mar Báltico donde manda el rey de Suecia que se opone al tirano Bonaparte. Desde allá podréis volver a vuestra patria y con vuestras armas defender la causa de Dios, del honor y de la libertad europea."

Todas estas cosas causaron tal efecto que hasta el más pacífico de los soldados españoles en Dinamarca se sintió sublevado y deseoso de volver a España.

Pero la situación se complicó mucho más cuando el Mariscal Bernadotte exigió que las tropas españolas juraran fidelidad al rey Bonaparte. Las peleas con los franceses empezaron a hacerse frecuentes y no era rara la ocasión en que salían a relucir las navajas. En Fionia hubo gran alboroto con tiros de fusil y gritos de ¡muerte a Napoleón! y vivas a España.

Mientras tanto, un agente secreto inglés, un tal Robertson, que se hacía pasar como viajante de puros y chocolate, se puso en contacto con el Marqués de la Romana. Su oferta, en nombre del gobierno inglés, tenía como finalidad llevar a casa a los soldados españoles.

Cuando Robertson desde la playa hizo señales a los buques ingleses fue detenido por la milicia costera danesa. Poco después fue puesto en libertad por no considerarlo como enemigo y rápidamente desapareció.

El Estado Mayor español esperaba alguna señal de la flota inglesa a la que constantemente tenían a la vista en la costa de Fionia y en Langeland, y aunque el Marqués de la Romana y sus oficiales más cercanos trataban de mantener en secreto los planes de evasión, hacia finales de julio ya sabían los soldados españoles que los ingleses, sus antes enemigos, los sacarían de Dinamarca para llevarlos a España.

Estos rumores llegaron a Federico VI y al Mariscal Bernadotte, pero ninguno le dio excesiva importancia.

El 31 de Julio, el alférez español Fábregas, con la ayuda de dos pescadores fioneses, logró llegar al barco de línea inglés Edgar que estaba cerca de Langeland. Su plan era sacar de la isla a sus compañeros; pero antes que se entendieran las señales a tierra, apareció el oficial español Rafael Lobo en el bergantín Mosquito que venía directamente desde Londres con cartas de la Junta Española para el Marqués de la Romana y el Estado Mayor.

El oficial Lobo, de acuerdo con el almirante inglés, elaboró un plan de evacuación total que, junto con las cartas de España fueron entregadas el seis de agosto al Marqués de la Romana y al Cuartel General en Nyborg. Inmediatamente después salieron correos a los distintos regimientos de Jutlandia y las Islas.

El plan tenía por finalidad reunir los regimientos en Nyborg y desde allí pasar a Langeland, que tendría que ser ocupada por poco tiempo, hasta que la flota inglesa, anclada en el Gran Belt, pudiera embarcar a los soldados españoles.

Los correos enviados a los jefes de los Regimientos de Infantería de Selandia ca-

yeron, desgraciadamente, en manos de los daneses, por lo que Federico VI ordenó que las tropas españolas allí estacionadas fueran desarmadas y considerados como prisioneros.

Dos Regimientos de Caballería establecidos en Jutlandia, con el pretexto de haber sido llamados a Fionia para sofocar un alboroto surgido, lograron embarcar en Arhus. Un oficial danés que sabía algo de español tuvo sospecha y denunció el caso, pero como estaba destinado en Randers, cuando su informe llegó a destino por vía del mando, los españoles estaban ya lejos.

En Horsen fue distinto. Los oficiales no quisieron faltar al juramento dado a Bonaparte, y además no confiaban en el éxito de la huida, sobre todo después del final trágico del capitán Antonio Costa que, descubierto, no quiso aceptar la rendición a los franceses y se dio un tiro en la sien.

La infantería establecida en Fredericia no vaciló. Cruzaron el Pequeño Belt y llegaron a Niborg después de veinticuatro horas bajo una lluvia torrencial.

También desde Faborg y Esvenborg llegaron a su destino los españoles sin grandes problemas, pero no a Niborg sino directamente a Langeland.

En Niborg, el comandante danés Barón Gyldenkrone y sus mil soldados se rindieron el 9 de agosto sin sacar la espada; así que esta fortaleza estaba ahora en manos de los españoles.

Las tropas españolas pudieron ser embarcadas pero el viento les era contrario, por lo que no llegaron a Langeland hasta el 13 de agosto. Aquí los soldados españoles llegaron a ser más de nueve mil; casi el doble de población que tenía la isla. La situación fue caótica y además las cajas de los regimientos estaban vacías y hubo bastantes problemas con el pago. Por eso los españoles se echaron como una nube de langosta sobre todo lo comestible de la isla, parte para consumo inmediato y parte para el próximo viaje por mar.

Afortunadamente para los campesinos, los establos y almacenes del Conde Alefeld estaban llenos y de allí se suministraron 200 cabezas de reses y 30.000 raciones de pan.

Por fin el 20 de agosto comenzó el embarque de las tropas españolas en buen orden, división por división.

El viaje por mar desde Dinamarca por Gutemburgo e Inglaterra no fue una diversión; un artillero recapitulaba sus impresiones así: "en el navío Devastation tuvimos apetito y piojos y palizas y patatas y no nos afeitamos".

No hubo tiempo para unas vacaciones después del regreso. Cuando las tropas desembarcaron y pisaron de nuevo tierra española, concretamente en Santander y a mediados de octubre, les estaba esperando el General D. Joaquín Blake que los unió a su ejército para continuar la lucha contra los franceses.

Mientras tanto Dinamarca tuvo que apoyar a Francia en su invasión a España. Esto supuso entrar en guerra contra España. Los que antes eran amigos y aliados se convirtieron en enemigos. No podía soportar España tantos agravios. Se habían opuesto los daneses a la salida de las tropas españolas que querían volver para luchar contra los invasores franceses . También se habían negado a recibir al Embajador español en Copenhague, mientras D. Edmundo Bourke, Embajador de Dinamarca, vivía tranquilo y era respetado en Madrid. Además "la Dinamarca ha cedido sus fuerzas navales y terrestres al servicio de la Francia, sus fortalezas le sirven de antemural y asilo; los buques Españoles no pueden navegar libremente por sus mares y menos en-

trar en sus puertos para negociar, ni aún para guarecerse en ellos en caso de temporales; y una porción de Españoles están detenidos en sus fortalezas como prisioneros".

Muy a su pesar tuvo España que declarar la guerra a Dinamarca. No por agresión sino por su forzado apoyo al invasor Napoleón.

Por un despacho firmado el 18 de Septiembre de 1809 por el Marqués de Astorga en el Real Palacio del Alcázar de Sevilla llegaron estas noticias a Huéscar. Su Alcalde o Corregidor y Justicia Mayor D. Juan de Murcia y Montero, los regidores D. Gregorio Manuel Romero, D. Dionisio Leonés, D. Miguel Rodríguez Narváez, el diputado D. Vicente Martínez y D. Francisco María de Dueñas, Procurador Sindico General y Personero, reunidos en cabildo el 11 de noviembre de 1809 acordaron declarar la guerra a Dinamarca y poner bandos por las calles para general conocimiento de los vecinos y dar libertad y autorización -según el despacho- "para atacar a las fuerzas danesas en cualquier parte que se hallen... vengar los insultos recibidos y no cesar en las hostilidades hasta que previo un mutuo convenio de Corte a Corte y un tratado estipule las condiciones de Paz."

Ningún soldado danés entró en España, y menos en Huéscar, pero de los soldados españoles en Dinamarca quedaron como rastro las cenizas del castillo de Kolding, donde la sombra de los españoles flota en el recuerdo como un fantasma.

Un número indeterminado de niños con ojos negros y pelo moreno que nunca llegarían a conocer a sus padres.

Más de 1.500 caballos que al no poder embarcarlos les dieron suelta por las siempre verdes llanuras danesas.

Algunos soldados que voluntariamente se quedaron y otro de caballería, llamado Isidoro Panduro, natural de Alcázar de San Juan, que herido por la coz de un mulo no pudo embarcar con sus compañeros. Este Panduro, mientras estuvo hospitalizado, aprendió danés, se acostumbró al alcohol de patata con cominos llamado "Snap", se casó con una campesina de Odense y tuvo siete hijos. Sus descendientes se extendieron por toda Dinamarca y no es raro ver comercios con este curioso nombre español.

Y otro soldado español que amó profundamente a Dinamarca : el capitán D. Antonio Costa. En España había dejado todo lo que tenía: familia, porvenir, esperanza... En Dinamarca dejó lo único que le quedaba: su vida, que sacrificó por salvar las de sus soldados. En el jardín de la iglesia católica de San Canuto de Fredericia reposan sus restos bajo una lápida conmemorativa, ofrecida luego por oficiales españoles, con esta lacónica inscripción que fueron sus últimas palabras: "Recuerdos a España de Antonio Costa. 11 de Agosto de 1809".

No mejor suerte tuvieron los españoles que quedaron en Selandia. De nada sirvieron las gestiones diplomáticas del Marqués de la Romana y de la Junta Española para que pusieran en libertad a 3.500 soldados. Federico VI no escuchaba razones y los consideró como traidores. Además temía a Napoleón. Por eso los soldados presos españoles fueron trasladados por el Gran Belt y entregados a la custodia de los franceses. Allí aguantaron un cautiverio de guerra humillante, para más tarde ser incorporados en otro regimiento que bajo las águilas francesas tuvo que participar en la campaña catastrófica contra Rusia, pasándose finalmente a las tropas del Zar que las acogió.

El Marqués de la Romana como jefe de las tropas en el norte de España sintió de cerca los problemas de sus antiguos soldados en Dinamarca, muchos de los cuales no llegaron ni a gozar el sueldo extra que se les había concedido. Descontento con la

Junta la criticó y se ganó muchos enemigos. En 1811, a los cincuenta años de edad murió en la localidad portuguesa de Cartaxo sin poder gozar de la victoria.

El Mariscal Bernadotte, su antes aliado y después enemigo, llegó a ser rey de Suecia con el nombre de Carlos Juan.

Federico VI, Rey de Dinamarca, poco a poco se iba haciendo más popular en su nación.

Y en 1814 llegó la paz. Pero los de Huéscar no se enteraron; o no recibieron comunicación alguna, por lo que el acuerdo de sus mayores seguía en vigor.

Así podemos afirmar que esta fue una de las guerras más pacificas de toda la historia, ya que fue declarada pero no ejercida y no hubo muertos ni heridos ni rasguños por ninguna de ambas partes. También de las más desconocidas.

Después de 172 años, el entonces delegado de cultura en Granada D. Vicente González Barberán, investigador e historiador, descubre la noticia que, publicada en la revista local "La Sagra" y recogida por la agencia EFE, da la vuelta al mundo. Y claro, si hubo una guerra declarada había que firmar la paz. Y así se hizo. Sin el protocolo de antaño, pero con formalidad y seriedad.

Como testigo doy fe de cuanto sucedió en Huéscar el 11 de noviembre de 1981.

Hacia el mediodía, un grupo de daneses, desde sesentones hasta la más tierna infancia, arropados al modo vikingo, con sables de madera y escudos de cartón, con banderas y con sus típicos cascos de enorme cornamenta, subieron por la avenida de Granada hasta la Plaza Mayor. El pueblo, echado a la calle, aplaudía a tan sorprendente ejército invasor que llevaba en sus escudos el lema de ¡VIVA LA PAZ !

El alcalde oscense D. José Pablo Serrano Carrasco y el embajador de Dinamarca en Madrid D. Mongens Waldel-Petersen, venido expresamente para el acto, esperaban en la puerta del Ayuntamiento. Junto a ellos y como testigos, el Gobernador Militar en Granada Sr. Figueruela; el Jefe del Sector Aéreo; el Gobernador Civil Sr. Sierra Míguez el Presidente de la Diputación Sr. Sánchez Faba; funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y el mediador en las negociaciones de esta paz, artífice de todo esto sin pretenderlo, D. Vicente González Barberán.

Agencias de prensa nacionales y extranjeras y numerosas cadenas de radio y televisión europeas y americanas también eran testigos y serían transmisores para todo el mundo, abocado por entonces a la posible tercera guerra mundial, que Huéscar iba a ser, por un día, la capital mundial de la Paz.

En el mismo salón de sesiones donde antaño se declaró la guerra a Dinamarca, se realizaba ahora el acto simbólico de firmar la paz.

"Este Ayuntamiento Pleno, -dijo el Alcalde- acuerda por unanimidad manifestar al Exmo. Sr. Embajador del Reino de Dinamarca el respeto y el afecto que siente hacia su país, celebrando que, con ocasión de aquella guerra declarada y no ejercida, ni los daneses ni los oscenses hayan tenido jamás nada que lamentar... De todo lo cual se dará cumplida cuenta a los vecinos de esta ciudad mediante el oportuno bando: concluyendo así 172 años después, y ante la paz reinante, el estado de alerta que, frente a los daneses, se abrió por bando anterior de este Ayuntamiento, de 11 de noviembre de 1809".

Por su parte el Embajador danés dijo: "Aunque Dinamarca nunca ha estado en guerra o enemistado con Huéscar... estoy muy contento de poder comprobar que haya terminado, por fin, la guerra. Celebro que este Ayuntamiento acabe de acordar, por unanimidad, declarar la paz, revocando así su decisión de declararnos la guerra hace ahora exactamente 172 años."

Con el izado de banderas y los acordes de los himnos nacionales, aplaudidos por el pueblo presente en la plaza, quedó sellada la paz de Huéscar con Dinamarca.

Como fruto de la Paz vinieron la amistad y la fraternidad. El hermanamiento se hizo con la ciudad de Kolding, situada al este de la península de Jutlandia. Su " Koldinghus y Den Spanske Trappe"- Castillo y Plaza de los Españoles-, era motivo suficiente. Además, S.M. la Reina de Dinamarca, Margarita II, en su visita a Granada a finales de octubre de 1983 tuvo un recuerdo a esta simpática historia: "séame permitido contar también que Dinamarca y la provincia de Granada tienen en común algo singular: En 1809, un pequeño pueblo llamado Huéscar, situado entre altas montañas, declaró la guerra a Dinamarca por decisión de su Ayuntamiento. Esto no llegó nunca a nuestro conocimiento, según yo sé, al menos hasta hace tres años, pero claro está que había que arreglar el asunto... El alcalde de Huéscar y mi embajador hicieron las paces entre una auténtica fiesta popular."

Los 3.200 km. que distancian a Huéscar de Kolding se superaron por el ferviente deseo de conocerse.

Una treintena de oscenses, presididos por su Alcalde ya condecorado con la cruz de Caballero de la Orden Real de Danebrog de Dinamarca, se desplazaron a finales de junio de 1985, pocos días después de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea, a la que seria su ciudad hermana. Su alcalde D. Bent Rasmunssen y el Sr. Embajador de España en Dinamarca D. Joaquín Ortega Salinas, presidieron la cena de gala en un salón de su ya restaurado castillo, y el acto emotivo de depositar claveles rojos y blancos sobre la tumba del capitán D. Antonio Costa y una oración evocada por D. Juan Carrasco Díaz, corroborando el hermanamiento.

En mayo de 1986 hubo devolución de visita. Más de veinticinco ciudadanos de Kolding con su nuevo alcalde D. Per Bolker Anderssen participaron y se integraron en los actos festivos y romería que Huéscar celebraba en honor de sus santas patronas Alodia y Nunilón.

Tan buenas relaciones propiciaron intercambios de estudiantes de ambas ciudades, siendo ya muchos los del I.B. "La Sagra" que se han desplazado y convivido con familias danesas; y daneses que han sido huéspedes de los oscenses.

Así se reforzaron los lazos del hermanamiento y se han dado a conocer, más y mejor, unos ciudadanos del cálido Mediterráneo con los del frío Norte.

Todo esto ha merecido que la Comunidad Europea concediera a Huéscar y Kolding el premio denominado "LES ETOILES D'OR DU JUMELAGE" -(Las estrellas de oro del hermanamiento)-, " por haber dado pruebas de notable interés por la construcción europea y haber trabajado en aras del acercamiento de sus ciudadanos."

La guerra "de papel" entre Huéscar y Dinamarca quedó cerrada, pero abrió caminos de paz y de amistad.

También el poeta[1] la hizo verso con PALABRAS PARA UNA PAZ:

Cuando el cielo acosaba
tan duramente nuestros campos
que en otros tiempos fueron
camino natural para la guerra,
y el labrador cansado,
puesta ya la semilla entre los surcos, se afanaba
por descifrar los signos de la lluvia,
llega esta paz azul de amigos jubilosos

que nunca pelearon, que se miran
las manos con asombro, y apenas se conocen.

Y hoy hacen juego de la guerra,
como niños pequeños que se sientan
sobre cañones sellados todavía,
adorno extraño entre jardines
prietos de flores, de claveles
granadinos y esbeltos tulipanes
de un gracioso país del Norte esmaltado de estrechos
e islas prodigiosas, desde
donde Andersen pobló de amables fantasías al mundo
y el laborioso Thorvaldsen emuló las más puras bellezas de la Hélade.
En estas tierras humilladas donde
andaluces adustos, nobles, miran
desconsoladamente el cielo y piensan
en los hijos lejanos,
tú, Huéscar, has querido
alzar estos hermosos puentes
de la amistad y dices
al mundo: Haced las paces
aunque no hayáis luchado todavía,
igual que nuestra paz, vuestra paz sea.

(1) Víctor Rodríguez Jiménez. Guadix, 1981.

BIBLIOGRAFÍA:

– Archivo Municipal de Huéscar: (A.M.H.). Libro Capitular de 1809-1812.
– A.M.H. Documentación de la firma de la Paz y hermanamiento con Kolding.
– "LA SAGRA",revista de información local.Huéscar 1981.
– GONZALEZ BARBERAN V. Varios artículos en "IDEAL" de Granada, Noviembre. 1981.
– Artículos diversos en revistas y diarios españoles y daneses.
– CARAYOL GOR R. Montaje audiovisual "PAZ". Guadix 1982.
– Apuntes recogidos en el viaje a Kolding.